

Revista de Ciencias Sociales

Vol. IX

Marzo, 1965

Núm. 1

EN TORNO A LA SOCIOLOGIA DEL ARTE

MIGUEL BUENO*

EL problema de la sociología del arte ha dado origen a una de las disciplinas que se han desarrollado más ampliamente a partir del tronco sociológico, y al mismo tiempo ha incidido considerablemente en el otro vértice de la relación, o sea el terreno de las obras de arte, con las numerosas manifestaciones en que ellas se presentan. La razón de esta evolutividad es que en la naturaleza del arte está implicado el hecho social, y por consiguiente, supone las variadas conexiones que se establecen entre los distintos factores sociológicos y la dilatada creación artística, que es por demás variada y compleja en sus manifestaciones. De acuerdo con tales premisas, el problema a que nos referimos puede plantearse brevemente en una pregunta como ésta: *¿cuáles son las relaciones que se establecen entre el arte y la sociedad?*

El problema en cuestión no admite una, sino un conjunto de respuestas, y las que se han otorgado forman el contexto de la disciplina cuyos caracteres relevantes nos proponemos comentar, teniendo en cuenta que su conocimiento aumenta cada día en similitud con la interconexión de la obra artística y la vida social, constituyendo uno de los temas predilectos en la sociología de nuestro tiempo. Desde otro punto de vista, la sociología del arte es una de las disciplinas que más se han desenvuelto en el conocimiento periférico de la obra artística y cuya significación trasciende el límite estricto de la propia disciplina

* Profesor de Sociología y Antropología en la Universidad Nacional Autónoma de México.

para proyectarse a todo el ámbito de los intereses que mantienen estrecho contacto con la obra. En esa inteligencia, veamos cuáles son las principales relaciones que se establecen entre el arte y la sociedad.

Por principio de cuentas, aclaremos que en los conceptos de arte y sociedad se contienen sendos mundos de múltiple y variada implicación, pues por el lado del arte se cuenta desde luego el conjunto de las obras artísticas y la actividad del artista, que poseen muy numerosas variantes y formas de determinación; por el lado de la sociedad aparece una muchedumbre de interfenómenos que integran el sustrato antropocolectivo, ejerciendo cada uno la ineludible influencia que se manifiesta en la obra de arte, a tal punto que gran parte de la diversificación estética puede explicarse a través de la influencia específica que ejercen los diferentes factores sociales. En congruencia con esta bipolaridad, que es múltiple en cada uno de sus extremos, se impone desde luego señalar cuáles son los elementos constitutivos de las dos esferas que titulan nuestro problema: la esfera artística y la sociológica, de cuya conjunción deriva el problema que deseamos examinar.

La temática de esta disciplina alcanza una gran complejidad —tal como sucede con todos los problemas sociológicos— debido a la interinfluencia de los numerosos factores que concurren a la actividad artística; dicha complejidad se manifiesta a través del gran número de cuestiones que plantea cada uno de por sí y en la acción recíproca de su mutua confluencia. De ahí la necesidad de poner en juego un método suficientemente firme para cubrir ambos tipos de requerimientos. En calidad de postulación preliminar señalaremos cuáles son los problemas capitales de esta disciplina.

a. *El arte como hecho social.* Demostración que la actividad artística es un producto de la convivencia, como hecho y como inspiración.

b. *Arte y nacionalidad.* El efecto más relevante de la sociedad artística se localiza en la nacionalidad donde tiene origen.

c. *Arte y política.* Necesidad de coordinar a la política social frente al arte, y de orientar a la actividad artística con un sentido político.

d. *Arte y economía.* El sustrato económico de la vida artística es inalienable, determinando en gran medida el sentido de la vida cultural.

e. *Arte y educación.* El aspecto formativo del arte da origen a una bipolaridad representada en: "la educación por el arte y para el arte".

f. *Influencia sociológica del arte.* La obra lleva un contenido

que se transmite en calidad de mensaje espiritual y ejerce gran influencia en la población.

Ante todo, el sentido nacionalista del arte se encuentra directamente vinculado a su origen social y tiene una directa proyección en todos sus órdenes, consagrándose como un producto nacional en paralelo a la conversión de una comunidad en nacionalidad definida. Desde luego, la nacionalización del arte ha debido formarse paulatinamente con la sucesiva integración de las comunidades, desde la tribu nómada hasta el imperio, pasando por toda clase de estados intermedios. La sociología del arte está obligada a efectuar un examen de las diferentes etapas integrativas que recorre esta relación, para culminar en el aspecto más genuino y representativo del arte nacional, y más aún, nacionalista, o sea el que ha consagrado a los elementos característicos de una colectividad como ideales para la creación artística.

El nacionalismo es un indeclinable resultado en la evolución del arte, pues representa la postulación prototípica de sus caracteres, que encuentran en él su más directa proyección, capitalizando la intuitividad inherente a la realización artística; no se puede decir, por ejemplo, que el arte prehistórico sea nacionalista, ni tampoco el de las tribus que viven hoy día en estado de primitivismo, ni del arte cristiano de las catacumbas, ni del severo academismo gótico, etc. Y no se puede predicar en ninguno de estos casos por la sencilla razón de que no ha existido la nacionalidad que sirva de cuna e inspiración a la obra de arte, y por consiguiente, tampoco la posibilidad de calificarla con el rubro de nacionalista. Ahora bien, conviene destacar la facultad que tiene el arte de admitir semejante rubro, fundado en todo caso alrededor de su particularidad espiritual, en contraste con las disciplinas nacionales que se extienden en forma ineludible a la universalidad, quedando cualquier tendencia nacionalista en calidad de residuo extralógico, inversamente a lo que observamos en el caso del arte. Así por ejemplo, a nadie se le ocurriría hablar en términos teóricos de una matemática alemana o francesa, como no sea para indicar simplemente una escuela de trabajo; en cambio, hablar de la música en los mismos términos—alemana o francesa—resulta no sólo necesario, sino indispensable para establecer la connotación de su origen y los principios estructurales que se traducen en formas y cánones de estilo.

Es bien sabido que la música del impresionismo francés, florecido a fines del siglo pasado y comienzos del presente, se caracteriza por un cromatismo que tiene profunda similitud con el empleo de colores en el impresionismo pictórico, con el manejo de las metáforas

en literatura; y entronca finalmente con una filosofía de la vida que se ampara en un concepto de la temporalidad cuya introyección circunstancial es el fondo común a todas las formas del arte impresionista. De parecida manera, la música alemana que tiene su primer apogeo en Juan Sebastián Bach, evoluciona con definidos perfiles a la obra de Haydn, Mozart y Beethoven, diseñando el contorno estilístico bien conocido como clasicismo musical, cuyas categorías nacionales encuentran inconfundible reflejo en las demás artes y expresiones culturales de su tiempo. En cambio, lo alemán de las matemáticas o lo francés de la biología no se hallarán en ninguna fórmula numérica ni en determinada secuencia experimental, por más que entre las primeras haya capitostes de la talla de Riemann, y en la segunda se encuentre Bernard. Decir una matemática alemana o una biología francesa quiere significar, cuando mucho, cierta comunidad de trabajo que tuvo lugar por virtud de alguna venturosa confluencia de elementos sociológicos, pero en todo caso habrán quedado en calidad de un determinante externo, sin traducirse a términos específicos como sucede en el caso del arte.

Por todo ello hemos dicho que la influencia nacionalista es probablemente más marcada en el arte que en ninguna otra rama cultural, quedando disminuida a medida que se aleja de la intuitividad concreta para refugiarse en la racionalidad pura. De ahí que la conclusión obtenida en la primera parte de nuestro examen sea de capital importancia: el nacionalismo es una de las manifestaciones más directas y justificables en la producción artística, y puede afirmarse que una de las normas efectivas para juzgar sobre la autenticidad del arte radica en su contenido nacional, en cuyo caso también representa una medida para estimar el nivel de integración y madurez que haya podido obtener.

Las cuestiones sociológicas pueden considerarse en cierto modo como un aumento de las reacciones psicológicas, por lo cual la sociología del arte debe pedir constante y decidido auxilio a la psicología, cuyas motivaciones, tanto normales como patológicas, se encuentran especificadas como origen y respuesta de la vivencia artística. A tal punto es estrecha esta conexión que en un momento dado no sabe dónde termina el campo de la psicología social y dónde comienza el de la sociología; en rigor, no puede establecerse una frontera definida entre una y otra, sino más bien se trata de una diferenciación de funciones que produce el correspondiente distingo en las disciplinas señaladas, distingo que puede cifrarse fundamentalmente en el interés por los valores sociales objetivos que exhibe la sociología, mientras la psicología se limita a constatar las reacciones subjetivas

en sí mismas, sin atender a los ideales de normalización y superación del espíritu por medio de la cultura social, figurando en primer término el arte. Es un índice de primera importancia para la metodología de nuestra disciplina tener en cuenta el constante apoyo que le brinda la psicología, constituyendo la base de su real aplicación, pues de otra suerte no habría un criterio para establecer con buen tacto cuáles son las leyes de la sociología, cuyo campo de observación radica en la convivencia de los seres humanos, que son básicamente unidades de acción y reacción psicológica, quedando el horizonte de trabajo y las perspectivas de superación colectiva a cargo de los principios y valores que representan la proyección ideal del espíritu, dotando a la existencia del sentido teleológico que la anima en su afán cultural, en tanto que la realidad donde operan dichos principios queda constituida por la suma de reacciones individuales que determinan una personalidad, así como la más amplia incorporación de las múltiples personalidades en el seno de la colectividad. Esta determinación de lo sociológico por virtud de lo psicológico encuentra su mayor efecto en el terreno de la actividad artística, desde el momento en que representa la parte más genuinamente individual, donde opera con mayor propiedad la aprehensión intuitiva que es inherente al mundo de las reacciones psicológicas. No sucede otro tanto en problemas de la sociología que revisten una mayor objetividad, como sería el caso, por ejemplo, de la conducta política y jurídica de los hombres, que están sujetos a la disposición de las leyes y su observancia obligatoria, debiendo el individuo adaptarse a la normación colectiva. En el caso del arte priva más ostensiblemente la individualidad y por consecuencia, el carácter intuitivo del arte, dejando que la psicología influya grandemente en la realidad sociológica.

En las meditaciones precedentes quedan situadas las premisas que orientan a la sociología del arte en su aspecto general metodológico; ahora bien, el motivo de la propia disciplina, consiste en el estudio de las relaciones que guardan mutuamente la sociología y el arte, se manifiesta por medio de una relación dirigida en dos sentidos, el primero de los cuales va del mundo sociológico al artístico, en tanto que el segundo, inverso al anterior, se dirige del artístico al sociológico. Por regla general, la problemática de dicha ciencia recoge con predilección la primera vertiente, o sea la que transcurre del hemisferio sociológico al artístico, para establecer cuál es la determinabilidad de la vivencia estética por efecto de los coeficientes sociales; el segundo queda casi siempre soslayado o disminuido en su magna importancia, de suerte que una verdadera sociología del arte deberá atender por igual ambas direcciones, las mismas que hemos situado en:

los prolegómenos metódicos que preceden; vamos ahora a discernir los dos sentidos de la relación establecida, principiando por la más significativa, o sea la influencia que tiene el complejo mundo social en la creación artística.

Otro de los temas que han cobrado actualidad polémica en relación a la sociología del arte es el que se refiere a la actitud política del artista, principiando por determinar si debe asumir alguna, y en tal caso, si el Estado tiene obligación de auspiciarla y orientarla mediante los elementos que considere más adecuados para poner la actividad artística al servicio de la colectividad. Este problema se ha actualizado en nuestra época, debido principalmente a la entronización de ciertos regímenes totalitarios que consideran necesaria la sujeción del artista a los intereses del Estado, y por consiguiente, la obligación del Estado para exigir dicha sujeción al artista. Semejante postura no difiere según las diferentes clases de ideologías políticas, y lo mismo sistemas de izquierda que de derecha lo apoyan, considerando que el arte es un significativo renglón en las actividades sociales, y por consiguiente, ha de caer bajo la tutela del Estado.

Ahora bien, ¿qué actitud debe tomarse frente a esta absorción de las actividades artísticas por parte de la política estatal? La respuesta que formule cada individuo estará sujeta naturalmente a su personal orientación política; habrá quien esté de acuerdo con el sistema de la nación en que vive, quien se manifieste en contra de él, quien abrace con vehemencia la profesión política, quien la vea indiferente, etc., pues cada temperamento da origen a una posición particular, ya sea positiva o negativa, intensa o atenuada, conservadora o revolucionaria. Pero de cierto puede afirmarse que el acto de la creación artística en cuanto tal permanece al margen del medio político en el cual se desenvuelve, afirmación que debe entenderse de acuerdo con las aclaraciones siguientes.

Desde luego, esto no significa que pretendamos afirmar la indiferencia del arte frente al Estado, o recíprocamente, del Estado frente al arte, sino que la obra artística tiene plena facultad para emitirse con indiferencia de los influjos ideológicos, y en caso de admitirlos no va ello necesariamente en apoyo ni desdoro del valor que tiene la obra, pudiendo acreditarse con iguales derechos en caso de aceptar una ideología o de rechazarla, de adherirse o bien oponerse al sistema que lo rodea; pero en ambas ocasiones se presenta como indeclinable trasfondo la auténtica realización de los valores estéticos, que en cuanto tales son independientes de la influencia política, la eficacia que se atribuya o no a un determinado sistema, o bien de la justicia o injusticia que le asista. El hecho de afiliarse a un sistema cualquiera, o por

el contrario, de rechazarlo, no hace mejor ni peor al artista, que depende en total de su talento creador, de su sensibilidad intuitiva y su capacidad de trabajo; todo ello reafirma la autonomía de los procedimientos creativos frente a la ideología —que se haya o no aceptado, y por consiguiente, la posición del artista ante los sistemas colectivos. En caso contrario, si la adhesión al sistema imperante o el rechazo del mismo fueran suficiente garantía para respaldar lo autónomo de los valores, el simple hecho de profesarlo bastaría para dar patente de buen artista, lo cual evidentemente no sucede. En ese interesante problema es necesario indicar la demagogia en que se ha incurrido a partir de los regímenes totalitarios que referimos, en los cuales se establece que la adhesión del artista al sistema imperante es condición necesaria y a veces suficiente para garantizar la bondad del artista; se observa actualmente una cierta atenuación de tan absurdo dogmatismo, aun en los sistemas que más radicalmente lo propugnaron, y es de suponer que ello repercutirá en una mejor comprensión para el arte y los artistas, permitiendo el mayor grado de libertad que consideramos indispensable para que puedan ellos desenvolverse con suficiente holgura. La observación de casos particulares puede llevar fácilmente a un veredicto desfavorable para la intromisión de la política en el arte, constatando que los individuos formados bajo la presión arbitraria de un régimen, tienen que desvirtuar forzosamente el sentido de su obra y menoscabar en gran medida la eficacia de sus facultades; el caso no es tan agudo cuando el artista se manifiesta devoto de un cierto régimen al cual dedica su obra, y en este sentido se han creado las mejores producciones de inspiración política, pero creemos que en tal caso el artista desenvolverá libremente la profesión de una ideología a través de sus trabajos; tal es el segundo caso que puede señalarse en la relación de arte y política.

En efecto, si la exigencia de adaptación política es en cierto modo neutral frente a la creación misma, visto que la adhesión o el repudio a un sistema de partido no afecta la calidad del artista, no sucede otro tanto con las ideologías cuando figuran en calidad de contenido, o sea como un tema a desarrollar en el arte, mas no exige aceptación ni rechazo frente a un sistema determinado, sino al conocimiento del mismo, supuesto con fines expositivos, como un contenido que sirve de inspiración a la obra; el sistema puede ser propio o ajeno, individual o colectivo, presente, actual o pretérito, con un matiz ético, religioso, científico, etc., sin que en ningún caso se obligue la afiliación personal del artista. Por ello, un escritor puede —por ejemplo— hacer una novela sobre un tema cristiano sin serlo necesariamente él mismo, o bien hablar de una época pretérita sin que la debiese vivir;

también considerar la existencia de otras doctrinas políticas y penetrar en ellas con un espíritu objetivo, independientemente de la sensibilidad que en lo personal pueda acusar. Consideramos que esta actitud objetiva es la más fecunda para la creación artística, pues la neutralidad ideológica y al mismo tiempo la universalidad perceptiva faculta de manera idónea para utilizar la multitud de contenidos sociales sin aceptar forzosamente ninguno de ellos. Nuestra conclusión en este problema es que el verdadero artista, como artista, debe ser neutral frente a la política, pues en ello estriba la postura más abierta en los valores del arte, y en caso de tomar partido por algún sistema lo hará a través de la más amplia dimensión humana, como un ser afectado por el interés político, mas no directamente en su calidad de artista.

Pasando a otra esfera de influencias, se observa un prejuicio muy extendido en relación a la actividad que nos ocupa, el que la supone por completo alejada de los intereses económicos, como si el hecho de construir el mundo paradigmático de la fantasía estética rompiera los lazos que vinculan indeclinablemente al hombre con su realidad física y social, frente a las numerosas agencias económicas que en ella se contienen. Pero nada más falso que tal suposición, pues el artista es un ser humano que vive y se agita en problemas similares a los de cualquier otro, y su proyección creativa, lejos de anular las motivaciones económicas, las acrecenta cuantitativamente y las agudiza en lo cualitativo, de donde queda el artista en una situación especialmente difícil de resolver, considerando por una parte la ingencia de sus necesidades, y por la otra su difícil satisfacción en la mayoría de los casos, puesto que el arte es una actividad poco comprendida y menos aún remunerada, sobre todo cuando obedece a un indeclinable deseo de legítima expresión individual.

Ante esta situación, el artista tiene dos probables fuentes de ingreso, igualmente inciertas y problemáticas, como son la asistencia por parte del Estado y el patrocinio de la iniciativa privada, que tienen lugar casi siempre en forma de compra o encargo de obras, cumpliendo así la doble función de resolver dichas necesidades y dar motivo para la creación de obras. Por más que un Estado normal, con una sociedad que se precie de culta, deberían ambos canales estar generosamente nutridos, lo cierto es que a pesar de las honrosas excepciones que se cuentan en materia oficial y privada, la mayoría de los países distan mucho de tener un nivel satisfactorio en materia de patrocinio artístico, y los renglones que al efecto se dedican son casi siempre para el aprovechamiento de los muy contados artistas que han sabido crear una posición social que sirva de base a su obra, algunas veces recurriendo a voluminosa publicidad, que puede ser justifi-

cada o no, pero en todo caso conscientemente intensificada y moderadamente dirigida. En otros, la cortesanía en esferas oficiales o la servidumbre en sectores privados ha sido el secreto de una venturosa carrera artística amparada por el correspondiente éxito económico.

La situación idónea en ese menester consistirá en estimular al artista en razón directa de la cantidad y calidad de su producción. Este principio de la afluencia económica en el arte no se ha consolidado en forma institucional ni arraigado como norma de conciencia en las esferas sociales donde debería privar. Pese a las numerosas conquistas de carácter sindical, político, publicitario, etc., que han obtenido los artistas individual y colectivamente, la mayor parte de sus intereses económicos está cubierta por una espesa bruma que los hace sumamente nebulosos, quedando la actividad profesional envuelta en una incierta perspectiva que exige del artista virtudes prácticas y ajenas a su propia esencialidad, como es la decisión, la audacia y el talento para manejar situaciones de provecho. Naturalmente, sólo una pequeña minoría posee esta clase de talento y a ello se debe que un gran número de individuos con notable inclinación para el arte queden prácticamente inéditos y fracasen en el aspecto económico social, y por consecuencia, en gran parte también en el artístico. Quienquiera que observe con detenimiento el medio en que se desenvuelven la mayoría de los artistas encontrará un gran número de talentos fracasados por falta de habilidad para imponerse a una situación, habiendo otros con mucho menores dotes para el arte, pero mucho mayores para la conducción práctica de la vida; encumbrados éstos en situaciones de privilegio y, relegados aquéllos al olvido y al anonimato.

Este problema de las relaciones entre el medio económico en que se desenvuelve el artista y el carácter de su obra depende en última instancia del más amplio que consiste en la adaptación o desadaptación social del artista; en efecto, es un asunto que se ha planteado repetidas veces con muy abundantes motivos, dando origen a dos tipos de opiniones que sostienen respectivamente la conveniencia de buscar la adaptación, o por el contrario, de propiciar la desadaptación frente al medio; los argumentos que se esgrimen en el primer caso tienden a demostrar que el artista se desempeña mejor cuando tiene sus necesidades materiales y espirituales adecuadamente satisfechas, y por ende, cuando se siente en armonía con el medio; los partidarios de la segunda tesis opinan de manera diferente, o sea que el arte adquiere mayor fuerza de carácter y vigor en la expresión cuando ha surgido de una desadaptación social, y más profundamente aún, de un entrañable dolor en el artista, que por más cruento y desgarrador que pueda ser le compulsará a buscar la sublimación de su obra,

enriqueciéndola con una temática de vigorosos perfiles que indudablemente no habría tenido en caso de una suave y comfortable adaptación. ¿Qué partido puede tomarse frente a estas dos tesis que parecen tener cada una su parte de razón?

La respuesta está dicha al formular la pregunta, ya que ambas posibilidades se manifiestan como casos de proyección sociológica en el arte; grandes obras se han generado a partir de situaciones tan opuestas como las que hemos descrito. Lógicamente, el carácter del artista y de su trabajo deberá ser radicalmente distinto en el primer caso que en el segundo, pero en ambos se contiene la misma posibilidad de realización; no es posible negar que un ambiente adecuado favorecerá cualquier género de actividad, pero también existe la potencia inmutable del espíritu para sobreponerse a las adversidades y sublimarlas en aras de la creación. Como es lógico suponer, el arte del primer tipo será de naturaleza tranquila y apasible, mientras que en el segundo se encontrarán obras de incontenible tendencia expansiva; y por si fuera necesaria una mayor comprobación de ambas posibilidades, baste recordar la dicotomía con que se ha clasificado a los estilos artísticos para entender la similitud que guardan con el estado de adaptación y desadaptación a que nos referimos; tal es el conocido punto de vista que divide el arte en apolíneo y dionisiaco, perteneciendo al primer género el arte del reposo y el equilibrio, mientras que al segundo corresponde la sensación de inestabilidad y desequilibrio.

Ahora bien, esta caracterización no garantiza sin más que el valor estético deba decidirse por cualquiera de los dos estados, para afirmar —como se ha pretendido erróneamente— que el buen arte proviene de la adaptación, o por el contrario, de la desadaptación con el medio; ambos casos tienen las mismas posibilidades y riesgos, de suerte que no extrañará encontrar tan buenas o malas obras en el estilo apolíneo que en el fáustico, y para comprobarlo baste con una mirada retrospectiva al período del arte clásico, en el cual se inspira precisamente la dicotomía; cualquier criterio imparcial reconocerá iguales valimientos en el estilo apolíneo y en el dionisiaco, o lo que equivale, en la adaptación o desadaptación del artista frente al medio que lo rodea.

La última de las conexiones que nos ocupará en la influencia de la sociología sobre el arte, se localiza en el aspecto educativo, con una doble y recíproca vinculación, pues por una parte se origina en el seno de la sociedad y por la otra se vincula a la pedagogía, que es de índole radicalmente colectiva. Así, la relación entre el arte y la edu-

cación contiene una definida raigambre sociológica que se manifiesta en las dos posiciones siguientes:

a. ¿Qué sistema es recomendable para auspiciar una mejor educación artística?

b. ¿De qué manera sirve la formación artística para exaltar los valores en el ámbito colectivo?

En el primer caso se tiene una educación *por* el arte, mientras que en el segundo implica la educación *para* el arte; la primera se refiere específicamente a la formación profesional del artista, en tanto que la segunda aplícase en general a todos los seres humanos, en la medida que el arte contiene una dimensión universal de humanidad. Este sutil distinguo de dos proposiciones afines recoge la problemática de la relación pedagógica entre el arte y la sociedad, cuyo lema podría ser verosímilmente el siguiente: *una educación por y para el arte*; creemos que ese lema puede rubricar con acierto nuestras consideraciones en torno al primer estadio que implica esta disciplina, o sea la influencia de los coeficientes sociales en la producción artística. Transcurramos ahora al segundo, para examinar el otro sector de tan interesante esfera de conocimientos, con la seguridad de que se encuentra tan notablemente poblado como el que acabamos de explorar. La dirección inversa se localiza en el influjo que tiene la actividad artística sobre la vida social, indicando la segunda de las direcciones en la relación que investigamos; según hemos dicho, ésta suele quedar un tanto soslayada frente a la determinación del arte en la sociedad, que ocupa casi siempre la atención de los sociólogos.

La acción del arte en la vida social se genera principalmente por la comunicabilidad que tienen las obras artísticas en su calidad de impresión intuitiva y su tarea consiste en expresar las emociones que el autor experimentó al crear la obra y de las cuales esta última constituye su depositario. Este retrofenómeno se motiva a través de la reproducción de dichas emociones en el espectador que la percibe, en cuya comunicabilidad consiste el tantas veces referido "mensaje" del arte; no se trata únicamente de un presente espiritual de elevadas calidades—que desde luego puede serlo, mas no de manera exclusiva—sino en términos más amplios abarcará toda clase de emociones, desde las más pequeñas hasta las más intensas, lo mismo positivas y edificantes que negativas y denigrantes, de donde la gran importancia que adquiere el estudio del contenido artístico en función de las emociones que suscita individual y colectivamente en el público.

El mecanismo determinante de la influencia artística en la sociedad radica en la vinculación netamente emotiva de la vivencia estética, con un coeficiente de naturaleza conceptual que se produce

mediante la asociación de ideas que expresa la obra con el tipo de emoción que le corresponde; la gran variedad de ideas que puede contener desprende la gran diversidad de mensajes que se encuentran incorporados a la producción artística, en cuyo caso actúa como portavoz de ideologías políticas, religiosas, etc., con el consiguiente efecto formativo o deformativo de la personalidad en quienes la contemplan.

La elocuencia que puede el arte desplegar en estas condiciones resulta a veces considerablemente mayor que la de una ideología expuesta a base de sus propias ideas, pues el arte la envuelve en un ropaje de emoción que toca simultáneamente las fibras racionales y emotivas del espíritu, principalmente estas últimas, que son más profundas y definitivas para establecer una postura en la vida; es un hecho reconocido, que el hombre actúa más por sentimientos que por razones, lo cual ha sido comprobado con amplitud en todas las esferas de la conducta, de donde la mayor acción que ejerce el arte por conducto de su proyectividad, y por consiguiente, a la influencia que tiene y el importante papel que desempeña en la vida. Cuando se emplea deliberadamente esa facultad, aprovechándola como un recurso para la difusión de ideas y sistemas de cualquier tipo, el arte se convierte en vehículo de propaganda y su magnitud suele ser definitiva para obtener el resultado que se busca; numerosas promociones políticas han sido desplegadas a través de una intensa campaña de difusión, envolviendo en indumentaria de arte la ideología que se quiere imbuir en la mentalidad popular; logra sus objetivos con tanta eficacia que llega por completo a modificar la conducta de un pueblo, encauzándola por el camino que se desea y de acuerdo con el sistema ideológico difundido; importantes épocas de la historia han sido definitivamente saturadas por una acción de este género y su fisonomía social es determinada fatalmente por una macropropaganda que consigne, en breve tiempo y a través del lenguaje artístico, lo que una dilatada moción de convencimiento racional no hubiera podido lograr.

Para ello se emplean toda clase de recursos que permite el arte, atendiendo a la sensibilidad del pueblo al cual se dirige, mediante una exaltación de los elementos que se quieren imbuir en su mentalidad. Sirven para ello lo mismo obras literarias que piezas musicales, estampadas pictóricas, etc., cada una de las cuales cumple su cometido en el terreno que le corresponde; de ahí la gran importancia que tiene para un partido político el contar con buenos oradores, que no lo son precisamente en la medida que dominen el trasfondo conceptual y valorativo del sistema que defienden, sino más bien de acuerdo al poder de convencimiento que son capaces de desplegar ante una multi-

tud enardecida por la fuerza retórica de las palabras, mucho más que por el poder lógico de las ideas. También un músico puede adquirir notable desempeño en semejante faena, escribiendo un himno, una marcha, o canciones alusivas a la temática social, lo que de hecho se ha repetido a cada momento en la historia de la humanidad. Así llegamos al problema de efectuar un análisis socioestético de las diferentes artes, principiando por la que más directamente envuelve a la elocuencia ideológica: la literatura. ¿Cuál es, pues, la influencia que tiene el arte literario en la vida?

La influencia más directa del arte es ejercida por el conducto idóneo de la palabra, vehículo dúctil y prepotente para la exposición artística de motivos ideológicos; puede ser ella directamente ejercida en forma de arengas y piezas oratorias, o al modo menos directo del cuento, el poema o la novela, así como también mediante una serie de ardides publicitarios que pueden servir para el efecto. La influencia de la literatura se ejerce normalmente por la simple transmisión del contenido que expresan los escritos, de tal suerte que el lector está siempre sujeto a quedar saturado por el tipo de ideas que lee en sus obras más frecuentadas; de ahí el importante papel educativo que se reconoce a la literatura, y la trascendental modificación de la mentalidad a la literatura, y la trascendental modificación de la mentalidad popular observada cada vez que algún libro alcanza determinado éxito editorial, o lo que equivale, cada vez que es leído por un sector considerable del público.

Desde otro punto de vista, el material pedagógico expresamente dispuesto para fines de la educación normal en las escuelas, suele revestir un estilo literario con objeto de hacerlo más accesible y dar cierta elocuencia al contexto, evitando la aridez de los conceptos llanos mediante la indumentaria intuitiva que contiene toda buena exposición, por lo cual se acredita precisamente como obra literaria.

Pero la influencia de la literatura se ejerce principalmente por la función que desempeña como portadora y depositaria cultural, como expresión del espíritu humano a través de sus diversas manifestaciones; tal es precisamente la acepción que han tenido las letras, no tanto como arte sino como cultura en general, pues al escribir una novela, un cuento, un poema, etc., se plasma todo un mundo de conceptos e ideales en el cual se funda precisamente la espiritualidad del arte literario. Cuando se dice, por ejemplo, que la literatura clásica modeló el alma de occidente no significa que haya sido el estilo alegórico de Platón, las biografías de Plutarco, las metáforas empleadas por Cicerón, o los temas dramáticos de Eurípides; no son pues, las categorías

específicamente literario-formales, sino más bien el contenido de dicha literatura, que es en sí misma la cultura clásica.

No siempre se establece la debida distinción entre ambas suertes de conceptos, pudiendo existir una buena literatura desde el punto de vista formal que, sin embargo, no posea un contenido relevante, y recíprocamente, una buena literatura de contenido, al margen de esta característica puede ser de elevada calidad en la forma, pero también pudiera no serlo, bastando en este caso la difusión del contenido para ejercer una gran influencia colectiva. La mayor parte de la literatura social, política y religiosa de todos los tiempos, recae bajo esta última acepción y el impacto ejercido en la conciencia de las masas no va en razón directa de las cualidades netamente formales, sino más bien del atractivo que pueda presentar su temática, el factor directamente influyente en la mentalidad popular no son los cánones ni las reglas preceptivas, sino los temas y las imágenes que se imprimen en la conciencia, a tal grado que por su conducto se logra la inexorable uniformidad social que distingue a cada época de la historia.

En el aspecto formal, la influencia literaria se circunscribe al estrecho círculo de los especialistas, mediante la aceptación de tal o cual estilo, pero ella no puede considerarse como una influencia de acción social, sino en calidad de un movimiento estético que es proseguido durante el período que tarda su desarrollo, hasta caer finalmente en el agotamiento. Desde luego, existe cierta relación entre el estilo literario y el tipo de sociedad en el cual se origina, relación que va de acuerdo con el vínculo entre el contenido y la forma de la literatura; a su vez, la forma expresa una cierta adecuación con el tipo de sociedad, reflejando en último término el denominador inherente a toda la cultura, que es la manifestación de un estado espiritual; por ejemplo, una literatura manierista y figurativa deberá corresponder con toda probabilidad a una cultura decadente, amante de las formas minuciosas, en tanto que un estilo abierto y expresionista como el del realismo reflejará una sociedad con perspectivas sociales de ensanchado horizonte, por más que en el aspecto netamente artístico pudiera acusar sensibles deficiencias.

Frente a la influencia tan directa de la literatura cualquier otro tiene un papel secundario en la relación que estamos explorando. Posiblemente pueda contarse en segundo lugar a la música, mas no propiamente como tal, sino a través de la canción, atendiendo al texto que contiene y en el cual se transmite un mensaje literario. A nadie escapa que la moderna música popular, sobre todo en nuestros países, ejerce una perniciosa acción por cuanto se ha convertido en tribuna

abierta para expresar toda clase de actos y pasiones que hasta ahora se habían mantenido en el ámbito privado, sin atreverse a desnudarlos públicamente por un medio tan profuso como es la canción popular, cuyo efecto en la mentalidad de las masas ha llegado a modelar su contextura espiritual y dirigir en gran parte el sentido de sus reacciones; en los países latinos resulta particularmente aguda esta influencia por la gran difusión que tienen las canciones vernáculas, así como por la inagotable fuente de inspiración que promueve continuamente la producción de nuevas canciones que parecen entablar una competencia de audacia y descaro en los acontecimientos y sensaciones que relatan; cualquier barrera de tipo moral ha sido trascendida y prácticamente no hay ningún tema que no pueda ser tratado abierta o veladamente en una canción; su efecto relevante es que por medio de esta música se opera una especie de consagración y avaloramiento de lo que expresa, haciendo que su contenido se incorpore fijamente a la conciencia del pueblo. Desde luego, no se trata sólo de una acción deliberadamente promovida por los compositores folklóricos, sino la consecuencia lógica de un estado social que corresponde en la crisis de valores que se expresan en la canción y cuyo éxito descansa en constituir un reflejo de la sensibilidad popular generalizada en toda la acepción del término. Por medio del canto el individuo convierte sus penas en música, las sublima hasta convertirlas en norma social y se incorpora al más amplio sistema de la sensibilidad colectiva en la cual encuentra eco y respaldo para sus motivaciones.

De manera análoga se deja sentir la influencia literaria en artes como el teatro, la cinematografía, la radio y la moderna televisión, que en conjunto son aplicaciones literarias o pseudoliterarias cuyo contenido transmite directamente las preocupaciones del hombre contemporáneo, sea para bien o para mal, para enaltecer o para denigrar su espíritu, para fortalecer o resquebrajar las bases de la sociedad; todo ello concurre a un solo denominador que consiste en exaltar o sobajar los valores.

La sociología de nuestro tiempo se encuentra frente a esa disyuntiva y en cuanto doctrina de la sociedad no debe ser para ella propiamente una disyuntiva sino la presentación de dos posibilidades reales, entre las que debe forzosamente elegir la primera como norma de profilaxis y terapia para la conducta. Una gran parte de la crisis actual de la sociedad obedece a la desenfadada difusión de moldes artísticos que lo pueden ser positiva o negativamente, pues el secreto de su poder radica en la capacidad de presentar con la misma sugestividad cualquiera de ambos contenidos; pero desde luego es más fácil compulsar el negativo, porque requiere menor esfuerzo y halaga las

sensaciones primarias de la conciencia popular, alimentada por moldes y estereotipos que se difunden a través del acto emulativo que conoce profundamente la sociología de la imitación, moldes que se presentan en calidad de aventuras, ya sean las historietas infantiles de la prensa, los episodios de la televisión hogareña, la literatura novelística de bajos o altos vuelos, la canción en cualquiera de sus modalidades, e inclusive la cinematografía ha convertido en estereotipado cartabón los hechos y personajes que presentan a los millones de espectadores que concurren a las salas de exhibición, incurriendo en el mejor de los casos en una detestable cursilería y en el más agudo en una reprobable criminalidad.